

No oye reo su indulto con más placer que el que experimentó Ferrus al escuchar la revocación de la cruel sentencia, que á dos largas horas de hambre le condenaba. En pocos minutos se vió cubierta la mesa de un limpio mantel labrado, y un opíparo trozo de exquisito morcón curado al fuego, se presentó ante los ávidos ojos de nuestros tres interlocutores. El hidalgo hizo plato á su señor que no quiso acelerar para su servicio el fin de la caza, ni se curó de llamar á los dependientes, á quienes tales oficios de su casa estaban cometidos; la situación de su ánimo, devorado al parecer de secretas ideas, y el deseo de permanecer en la compañía libre y desembarazada de aquellos en quienes depositaba su confianza, redujo á dos el número de sus servidóres en tan crítica situación. Luego que el hidalgo le hubo hecho plato y Ferrus servidole la copa:—Sentaos, dijo, y cenad, Fernán Pérez, que bien podéis poner la mano en el plato de mi propia mesa. Sentóse respetuosamente al extremo de la mesa Vadillo, y el favorito permaneció en pie á la derecha de su señor, recibiendo de su propia mano los mejores bocados que éste por encima del hombro le alargaba, como pudiera con un perro querido que hubiera tenido su estatura. Reíase Ferrus, empero, muy bien de esta manera de recibir los trozos de la vianda, á tal de recibirlos; sabía él además que lo que hubiera podido parecer desprecio á los ojos de un observador imparcial, era una distinción cariñosísima que le colocaba sobre todos los súbditos del caballero. Sin mortificarle estas ideas dábale prisa á engullir morcón, sin más interrupción que la que exigieron las dos ó tres libaciones que con rico vino de Toro, entonces muy apreciado, hacía de vez en cuando el taciturno y distraído personaje, cuyo nombre y circunstancias singulares no tardaremos en poner en claro para nuestros lectores.

Acabóse la corta refacción sin hablar palabra de una parte ni de otra, sirviéronse las especias, y púsose aquél en pie.

—Partamos.

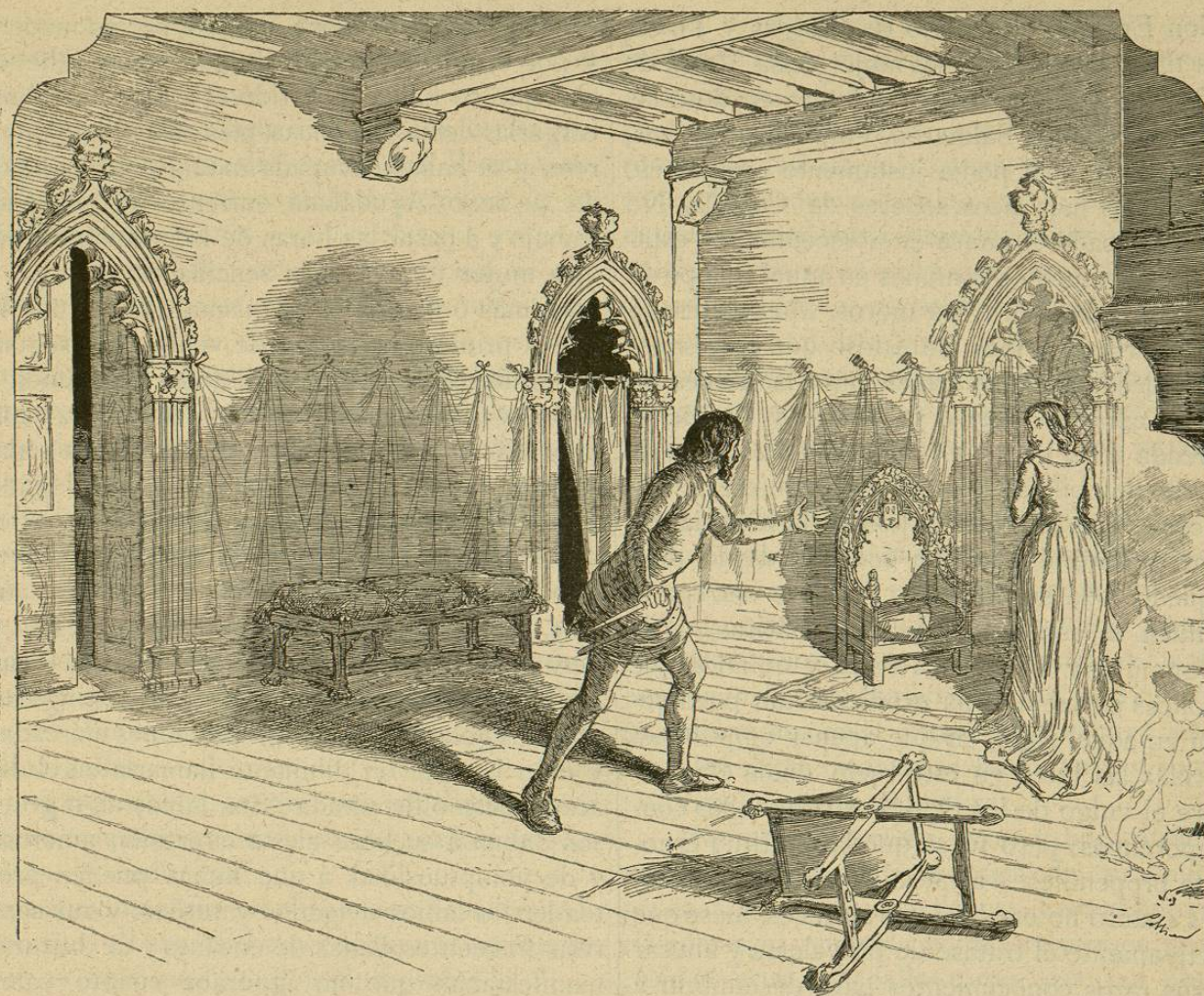
—Paréceme, gran señor, que harías bien en armarte mejor de lo que estás, porque ¡vive Dios que no quisiera que se quedase España sin tan gran trovador! y...

—¡Chitón! Ponme en efecto esa armadura. Quitóse un capotillo propio de caza; púsose una loriga ricamente recamada de oro sobre terciopelo verde; vistió una fuerte cota de menuda malla; ciñó una espada, y calzó las botas con la

espuela de oro, insignia de caballeros de la más alta jerarquía. Previnose también contra la intemperie envolviéndose en un tabardo de velarte, y después que Ferrus se hubo armado, aunque más á la ligera, montaron en sus caballos y se despidieron de Fernán Pérez, encargándole sobre todo que en manera alguna dejase de estar á la mañana siguiente en la cámara de su grandeza á la hora común de levantarse; prometiolo Vadillo, besándole el extremo de la loriga, y al són de las cornetas de los cazadores que daban ya la señal de recogida á los monteros desparcidos, picaron de espuela nuestros viajeros seguidos de Hernando.

Ya era á la sazón cerrada y oscura la noche: no dicen nuestras leyendas que les acaeciese cosa particular que digna de contar sea. Ferrus trató varias veces de aventurar alguna frase truhanesca, de aquellas que solían provocar el humor festivo de su señor; pero el silencio absoluto de éste le probó otras tantas que no era ocasión de bufonadas, y que la cabeza del caballero, sumamente ocupada con las revueltas ideas á que había dado lugar el pliego que tan intempestivamente había venido á arrancarle del centro de sus placeres, estaba más para resolver silenciosamente alguna enredada cuestión de propio interés, que para prestar atención á sus gracias pasajeras. Resignóse, pues, con su suerte, y era tanto el silencio y la igualdad de las pisadas de sus trotones, que en medio de las tinieblas nadie hubiera imaginado que podía provenir de tres distintas personas aquel uniforme y monótono compás de pies.

Dos horas habían trascurrido desde su salida de las tiendas, cuando dando en las puertas de Madrid, llegaron á entrar en el cubo de la Almodena, y dirigiéndose al alcázar que á la sazón reedificaba el rey don Enrique III en esta humilde villa, llegó el principal de los viajeros á su labio el cuerno, que á este fin no dejaba nunca de llevar un caballero, é hizo la señal de uso en aquellos tiempos; la cual oída y respondida en la forma acostumbrada, no tardaron mucho en resonar las pesadas cadenas, que inclinando el puente levadizo, dieron fácil entrada en el alcázar á nuestros personajes: dirigiéronse inmediatamente á las habitaciones interiores sin interrumpir el silencio de su viaje, sino con el ruido de sus fuertes pisadas, cuyo eco resonaba por las galerías donde los dejaremos, difiriendo para el capítulo siguiente la prosecución del cuento de nuestra historia.



CAPITULO TERCERO

Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:
—¿Qué hacéis la blanca niña,
Hija de padre traidor?
— Señor, peino mis cabellos,
Péinolos con gran dolor,
Que me dejáis á mí sola
Y á los montes os vais vos.
Anónimo.

Hallábase concluida la parte principal del alcázar de Madrid, y habitábala ya el rey con gran parte de su comitiva siempre que el placer de la caza le obligaba á venir á esta villa, cosa que le aconteció algunas veces en su corto reinado.

Entre las habitaciones inmediatas á la de su alteza se contaban algunas de las principales dignidades de su corte, pero distinguíase entre todas la de don Enrique de Aragón, llamado comunmente de Villena: este joven señor, uno de los más poderosos y espléndidos de la época, era tío del rey don Enrique III y descendiente por línea recta de don Jaime de Aragón. Su padre don Pedro, casado con doña Juana, hija bastarda de don Enrique II, y reina después de

Portugal, había muerto en la batalla de Aljubarrota. Correspondíale de derecho á don Enrique el marquesado de Villena, que su abuelo don Alfonso, primer marqués de ese título, á quien le dió don Enrique II, había cedido á su hijo don Pedro, reservándose sólo el usufructo por toda su vida. Pero habiendo el rey don Enrique III en su menor edad invitado al marqués don Alfonso á que viniese á ejercer su título de condestable de Castilla que le diera don Juan I, y habiéndose él negado con frívolos pretextos á tan justa exigencia, se aprovechó esta ocasión de volver á la corona aquellos ricos dominios, que como fronteros de Aragón no se creía prudente que estuviesen en poder de un príncipe de aquel reino. Dióse en compensación

á don Enrique el señorío de Cangas y Tineo, con título de conde, y su mujer doña María de Albornoz le había traído además en dote las villas de Alcocer, Salmerón, Valdeolivas y otras; con todo lo cual podía justamente reputarse uno de los más ricos señores de Castilla. No había pensado él nunca en acrecentar sus estados por los medios comunes en aquel tiempo de conquistas hechas á los moros. Mas cortesano que guerrero, y más ambicioso que cortesano, había desdeñado las armas, para las cuales no era su carácter muy á propósito, y su afición marcada á las letras le había impedido adquirir aquella flexibilidad y pulso que requiere la vida de corte. Las lenguas, la poesía, la historia, las ciencias naturales habían ocupado desde muy pequeño toda su atención. Habíase entregado también al estudio de las matemáticas, de la astronomía, y de la poca física y química que entonces se sabía. Una erudición tan poco común en aquel siglo, en que apenas empezaban á brillar las luces en este suelo, debía elevarle sobre el vulgo de los demás caballeros sus contemporáneos; pero fuese que la multitud ignorante propendiese á achacar á causas sobrenaturales cuanto no estaba á sus alcances, fuese que efectivamente él tratase de prevalerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar á los demás; el hecho es que corrían acerca de su persona rumores extraños, que ora podían en verdad servirle de mucho para sus fines, ora podían también perjudicarle en el concepto de las más de las gentes, para quienes entonces como ahora es siempre una triste recomendación la de ser extraordinario. No dejaba de ser notado en él, á más de su ambición, cierto afecto decidido al bello sexo; y lo que era peor, notábase también que nunca se paró en los medios cuando se trataba de conseguir cualquiera de esos dos fines, que tenían igualmente dividida su alma ardiente, y que ocuparon exclusivamente todo el trascurso de su vida.

Hallábase ricamente alhajada la parte que en el alcázar habitaba este señor; costosos tapices, ostentosas alfombras de Asia, almohadones de la misma procedencia, cuanto el lujo de la época podía permitir, se hallaba allí reunido con el mayor gusto y primor; ardían lentamente en los cuatro ángulos del salón principal pebeteros de oro que exhalaban aromas deliciosos del oriente, uso que habían introducido los árabes entre nosotros. A una parte del hogar se veía una mujer joven y asaz bien parecida, vestida con descuido á la moda del tiempo, y sentada

en una pesada poltrona, notable por su madera y por el mucho trabajo de adornos y relieves con que se había divertido el artista en sobrecargarla: descansaban sus pies en un lindo taburete, y se hallaba ocupada en una delicada labor de su sexo. Ayudábala enfrente de ella á su trabajo y á pasar las horas de la primera noche, otra mujer todavía más sencilla en su traje, y poco más ó menos de su misma edad. Todo lo que la primera le llevaba de ventaja á la segunda en dignidad y riqueza, llevaba la segunda á la primera en gracia y en hermosura. Tez blanca y más suave á la vista que la misma seda, estatura ni alta ni pequeña, pie proporcionado á sus dimensiones, garganta disculpa del atrevimiento, y fisonomía llena de alma y de expresión. Su cabello brillaba como el ébano; sus ojos, sin ser negros, tenían toda la expresión y fiereza de tales, sus demás facciones más que por una extraordinaria pulidez, se distinguían por su regularidad y sus proporciones marcadas y eran las que un dibujante llamaría en el día académicas ó de estudio. Sus labios algo gruesos daban á su boca cierta expresión amorosa y de voluptuosidad, á que nunca pueden pretender los labios delgados y sutiles; y sus sonrisas frecuentes, llenas de encanto y de dulzura, manifestaban que no ignoraba cuánto valor tenían las dos filas de blancos y menudos dientes que en cada una de ellas francamente descubría. Cierta suave palidez, indicio de que su alma había sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza, al paso que hacía resaltar sus vagas sonrisas, interesaba y rendía á todo el que tenía la desgracia de verla una vez para su eterno tormento.

En el otro extremo del salón bordaban un tapiz varias dueñas y doncellas en silencio, muestra del respeto que á su señora tenían. Hablaba esta con su dama favorita, pero en un tono de voz tal, que hubiera sido muy difícil á las demás personas, que al otro lado de la habitación se hallaban, enlazar y coordinar las pocas palabras sueltas que llegaban á sus oídos enteras de rato en rato, cuando la vehemencia en el decir ó alguna rápida exclamación hacían subir de punto las entonaciones del diálogo entre las dos establecido.

—Elvira, decía doña María de Albornoz á su camarera, Elvira, ¡cuánta envidia te tengo!

—¿Envidia, señora? ¿A mí? contestó Elvira con curiosidad.

—Sí: ¿qué puedes desear? Tienes un marido que te ama, y de quien te casaste enamora-

da; tu posición en el mundo te mantiene á cubierto de los tiros de la ambición y de las intrigas de la corte...

—¿Y es doña María de Albornoz, la rica heredera, y la esposa del ilustre don Enrique de Villena, quien tiene envidia á la mujer de un hidalgo particular?...

—¿De qué me sirve ser la esposa de ese ilustre don Enrique, si lo soy sólo en el nombre? mira lo que en este momento está pasando; tres días hace ya que partió á caza de montería; en esos tres días Fernán Pérez de Vadillo ha venido dos veces á ver á su mujer, y el conde de Cangas y Tineo prefiere á la vista de la suya la de los jabalíes y ciervos del soto. Elvira, si se hicieran las cosas dos veces, doña María de Albornoz no volvería á dar su mano á un hombre cuyos sentimientos no le fuesen bien conocidos, ¡maldita razón de estado! á un hombre de quien no supiese con seguridad que había de ser el mismo con ella á los tres años que á los tres días.

—¿Dónde está, señora, ese caballero?—preguntó con distracción Elvira, lanzando un suspiro.—¿Dónde está?

—¿Dónde está?—repitió asombrada la de Albornoz.—¿Tan difícil crees encontrar un esposo que me ame más que don Enrique?

—Si me lo permitís, diré que no sería difícil; pero desde que un esposo os ame más que don Enrique, hasta el hombre que buscabais hace poco, hay la misma distancia que hay desde la idea imaginaria que del matrimonio os habéis formado, hasta la realidad de lo que es este vínculo en sí verdaderamente.

—No te entiendo, Elvira.

—¿Y me entenderíais si os dijera que hace tres años que me casé enamorada con Fernán Pérez de Vadillo, y que él no lo estaba menos según todas las pruebas que de ello me tenía dadas, y si os añadiese que ni yo encuentro ya en mi excelente esposo al amante por más que le busco, ni él acaso encontrará en mí á la Elvira de nuestros amores?

—¿Qué dices?

—Acaso no podréis concebirlo. Es la verdad, sin embargo; estad segura, empero, de que en Castilla difícilmente pudierais encontrar matrimonio mejor avenido; él me estima, y yo no hallo en el mundo otro que merezca más mi preferencia. ¡Ah! señora, no está el mal en él ni en mí: el mal ha de estar, ó en quien nos hizo de esta manera, ó en quien exige de la flaca humanidad más de lo que ella puede dar

de sí... Perdonadme, señora: no debiera acaso hablar en estos términos, pero sólo á vos confiaría estos sentimientos, que quisiera mantener encerrados eternamente en mi corazón. La vida común, en la cual cada nuevo sol ilumina en el consorte un nuevo defecto que la venda de la pasión no nos había permitido ver la víspera en el amante, se opondrá siempre á la duración del amor entre los esposos. En cambio una estimación más sólida y un cariño de otra especie se establecen entre los desposados, y si ambos tienen alternativamente la deferencia necesaria para vivir felices, podrá no pesarles de haberse enlazado para siempre.

—¡Qué consuelo derraman tus palabras en mi corazón, Elvira! si tú no te consideras completamente dichosa, creo tener menos motivos para quejarme: sin embargo, de buena gana te pediría un consejo que creo necesitar. Si tu esposo te insultase diariamente con su frialdad y su indiferencia nada menos que galantes, si tus virtudes no te bastasen á esclavizarle y contenerle en la carrera del deber...

—Redoblaría, señora, esas virtudes mismas: no sé si el cielo me tiene reservada esa amarga prueba; pero si tal caso llegase, fuerzas le pediría sólo para resistirla y para vencer en generosidad al mal caballero, que con tan negra ingratitud premiase mi cariño y mi conducta irreprochable.

—Basta, Elvira, basta: seguiré tu consejo; está en armonía con mis propios sentimientos. Sí, la paciencia y la resignación serán mis primeras virtudes. ¡Ah, don Enrique, don Enrique! ¡y qué mal pagáis mi afecto! ¡y qué poco sabéis apreciar la esposa que tenéis!

—¡Tened, señora! ¿no oís la señal del conde? ¿no habéis oído una corneta?

—Imposible: llevan sólo tres días y fueron para cuatro.

—No importa; no he podido equivocarme: no, no me he equivocado; ¿oís las pesadas cadenas del puente?

—¡Cielos! No le esperaba. ¡Ah! estoy demasiado sencilla: Dios sabe si no será perdido el trabajo que emplee en adornarme.

—¿Qué decís?

—Sí, llama á mis dueñas.

Acercáronse dos dueñas de las que en la extremidad de la sala bordaban, á la indicación que Elvira les hizo levantándose, y prosiguió la condesa:

—Arreglad mis cabellos, pasadme un vestido con el cual pueda recibir dignamente á mi es-